



La Cruz de nuestro Señor Jesucristo en la vida de san Francisco de Asís

Fr. Joaquín Domínguez Serna, OFM

La fascinación de Francisco de Asís por la Cruz de Jesús, su experiencia más profunda, pesar de los testimonios que poseemos, siempre quedará oculta para nosotros.

La divulgación de su santidad a poco de morir, según todos los biógrafos, se concentraba en la expectación del hecho portentoso y milagro de la impresión de las Llagas, acaecida el 17 de septiembre de 1224. Sus primeros compañeros y sus biógrafos no dudaron en acuñar la expresión *Alter Christus* referida a su persona y santidad.

Francisco, desde su conversión, sintió verdadera fascinación por el Crucificado, primero en la figura de la ermita de san Damián, después, según pasa el tiempo, será su actitud entera de fe en Cristo, el Señor, que muerto y resucitado, se convierte en su camino y suficiencia, en su gozo y su paz, en el centro de su oración y misión.

El acontecimiento salvador de la Cruz en Francisco tiene dos polos en su vida. Cuando era joven, junto con su primer compañero, Bernardo de Quintaval, se acercó a la iglesita de san Nicolás para abrir el Evangelio, libro que al azar se abrió por el texto que dice: si quieres ser perfecto deja padre, madre, tierra...toma tu cruz, y ven y sígueme, y texto crucial en la vida de Francisco que recogió en el primer capítulo de la Regla no bulada: La regla y vida de estos hermanos es ésta, a saber, vivir en obediencia, en castidad y sin propio, y seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo, quien dice: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme* (Mt 19,21; cf. Lc 18,22). Y: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame* (Mt 16,24). Del mismo modo: *Si alguno quiere venir a mí y no odia padre y madre y mujer e hijos y hermanos y hermanas, y aun hasta su vida, no puede ser discípulo mío* (Lc 14,26). Y: *Todo el que haya dejado padre o madre, hermanos o hermanas, mujer o hijos, casas o campos por mí, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna* (cf. Mt 19,29; Mc 10,29; Lc 18,29).

El otro testimonio lo deja al final de su vida, cuando hace memoria de su trayectoria en donde manifiesta con determinación en el testamento: *El Señor me dio de esta manera a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia: porque, como estaba en pecados, me parecía extremadamente amargo ver a los leprosos. Y el Señor mismo me condujo entre ellos, y practiqué la misericordia con ellos. Y al apartarme de los mismos, aquello que me parecía amargo, se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo; y después me detuve un poco, y salí del siglo. Y el Señor me dio una tal fe en las iglesias, que así sencillamente oraba y decía: Te adoramos, Señor Jesucristo, también en todas tus iglesias que hay en el mundo entero, y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.* (Test 1-5)

Aunque la cruz es símbolo de veneración, Francisco experimenta por encima de todo que la cruz es camino y seguimiento de la persona y misterio de Jesús, el Siervo de Dios. Es muy llamativa la imagen que usa Francisco en la admonición VI al contemplar a Cristo colgado de la Cruz como buen Pastor al mismo tiempo que invita a todos a seguir sus huellas en medio de toda adversidad y dificultad: *Reparemos todos los hermanos en el buen Pastor, que por salvar a sus ovejas soportó la pasión de la cruz. Las ovejas del Señor lo siguieron en la tribulación y la persecución, en el sonrojo y el hambre, en la enfermedad y la tentación, y en todo lo demás; y por ello recibieron del Señor la vida sempiterna. Por eso es grandemente vergonzoso para nosotros, siervos de Dios, que los santos hicieron las obras y nosotros, con narrarlas y predicarlas, queremos recibir honor y gloria.*

De esta manera, asegura el historiador Gratien de París, que es imposible explicar con palabras su devoción a la Cruz (2 Cel 203). Desde el día en que a los comienzos de su conversión la conmovedora visión de Jesús Crucificado le invitó con palabras de exquisita dulcedumbre a seguir el áspero camino de la renuncia radical (cf. 1 Cel 7; 2 Cel 9; LM 1,5), desde el día en que la voz del Crucifijo de San Damián renovó con tanta confianza y ternura su llamamiento, la más viva compasión se apoderó de su corazón y, como piadosamente puede creerse, los estigmas de la Pasión divina se imprimieron misteriosamente en su corazón, aun cuando ningún signo externo apareciera en su carne (2 Cel 10). Entonces le fue tan plenamente revelado el grande y admirable misterio de la Cruz, que a partir de aquel momento toda su vida siguió los misterios de Cristo, no gustó sino las dulzuras de la Cruz, no predicó sino las glorias y los triunfos de la Cruz (LM 13,10). La única senda, dice en otra parte San Buenaventura, seguida por San Francisco, fue la de un ardentísimo amor a Jesús Crucificado (Itinerarium, Prol.). Desde entonces, además, le acontecía no poder contener los sollozos y las lágrimas, cual si tuviera siempre fija ante sus ojos la Pasión del Salvador (2 Cel 11); en su honor compuso el Oficio que también Santa Clara se deleitaba en recitar. En sus transportes de júbilo espiritual cantaba en francés las alabanzas del Señor, y todo su alborozo se convertía luego en abundantes lágrimas de compasión hacia Jesús (2 Cel 127).

La habitual contemplación de la Cruz y el amor a Jesús Crucificado -fuente del ideal de una perfecta imitación de Cristo- son el pensamiento dominante y el sentimiento principal de la espiritualidad franciscana.

La piedad de San Francisco es la sublime piedad de los simples y humildes, que el autor de la Imitación define con estas palabras: «Si eres incapaz de especular y contemplar los más profundos misterios, descansa en la Pasión de Jesús y mora de buen grado en sus sacrosantas llagas» (Libro III, c. 1).

Que la Pasión de Cristo fue el gran atractivo de las personas piadosas durante toda la Edad Media, es una verdad incontestable: «¡Oh, Señor! -exclamaba San Bernardo-, ¿en dónde podrá mi alma hallar consuelo después de haberte visto a Ti suspendido de una cruz?». «Fuera de Jesús -continuaba diciendo-, no hay cosa que me interese; sin Él, la vida carece de sentido. Mi mirada le busca en todas partes, y en todas las cosas le descubre. Y qué, ¿podría por ventura suceder de otra manera?». Y ya antes había dicho San Agustín: «Que Aquel que por vosotros fue clavado en una cruz, permanezca siempre fijo en vuestros corazones». Todo esto es muy cierto; sin embargo, parece ser que desde los días de San Pablo no ha habido santo alguno que más continua y ardorosamente haya contemplado el misterio de la Cruz y haya sido más profundamente conmovido por él, hasta el punto de llevar en su carne los estigmas visibles, ni quien haya llevado más lejos las consecuencias prácticas que de él se derivan como San Francisco de Asís.

Pensando en nuestro momento actual, los franciscanos y cuantos se sienten unidos a esta familia y espiritualidad, vivimos alentados por el mismo espíritu que animó a Francisco a experimentar su vocación evangélica y mostrarla a los hombres y mujeres de todos los tiempos. No es el momento de acunar el sueño, ni de vivir de nostalgias, nos advierte nuestro Ministro General en el reciente Capítulo celebrado en Asís. Es el tiempo propicio para los centinelas que otean el horizonte, con el fin de descubrir los signos de los tiempos, leerlos con ojos de creyente y dar una respuesta desde el Evangelio. Es el momento de ponernos en una actitud de permanente discernimiento y de una constante evaluación de nuestra vida y misión, para seguir siendo "signos humildes y sencillos de una estrella que aún titila en medio de la noche de los pueblos". En cuanto "mendicantes de sentido", es el momento de ponernos en camino, de la mano de la Palabra, para una mejor comprensión de la propia vocación y misión. En este período delicado y duro, caracterizado por cambios vertiginosos, es el momento de comprometernos con nuevo ímpetu, a fin de que nuestra vida y misión salgan renovadas y fortalecidas. Es el momento de la fidelidad dinámica y creativa, es la hora de la audacia evangélica, para conjugar el Evangelio en su lengua original, el radicalismo, sin domesticarlo y acomodarlo a un estilo de vida cómodo, para nutrir, desde dentro, con la oferta liberadora del Evangelio, a nuestro mundo fragmentado, desigual y hambriento de sentido, tal como hicieron en su tiempo Francisco y Clara de Asís.

Siento que el Señor hoy, como ayer a los discípulos, nos está gritando también a nosotros: ¡No tengáis miedo! Cuando muchas de nuestras seguridades, personales e institucionales, se vienen abajo, Jesús nos dice: ¡No tengáis miedo! Cuando el futuro se nos presenta incierto, Jesús nos grita: ¡No tengáis miedo! Cuando tenemos la sensación de que nos atacan por todas partes, Jesús insiste: ¡No tengáis miedo!, pues yo estoy con vosotros. Cierto que nuestra hora es la hora del realismo, pero es, sobre todo, la hora de la fe en aquel para el cual "nada hay imposible" (Lc 1, 37).

Desde esta profunda convicción, os invito, queridos hermanos, a leer nuestra realidad, donde como ya dije, se dan cita la gracia y el pecado, desde una visión de fe. No basta, como nos recuerda el Capítulo general extraordinario, acercarnos a la realidad; "es preciso mirarla con ojos de fe". Sólo desde esa visión y lectura de nuestra realidad encontraremos sentido a tantas cosas, y sacaremos fuerza de nuestra debilidad, para seguir caminando con visión de futuro. Sólo así podremos entonar un canto a la vida, a la vida en plenitud, que es lo que todos buscamos incesantemente y todos anhelamos profundamente. Sólo así las notas discordantes serán cada vez menos, y la melodía responderá, cada vez más, al canto que hace ahora 800 años entonó Francisco con su palabra y, sobre todo, con su vida.

Hoy queremos seguir confiando en la fuerza de Dios que rige los destinos de la Historia y de cada uno de los creyentes. Hoy aceptamos nuevamente la invitación de Cristo: toma tu cruz y sígueme. Hoy queremos caminar junto con nuestra Madre la Iglesia que nos alienta a ser portadores del Evangelio y de la Cruz redentora de nuestro Señor Jesucristo.

Fr. Joaquín Domínguez Serna, OFM